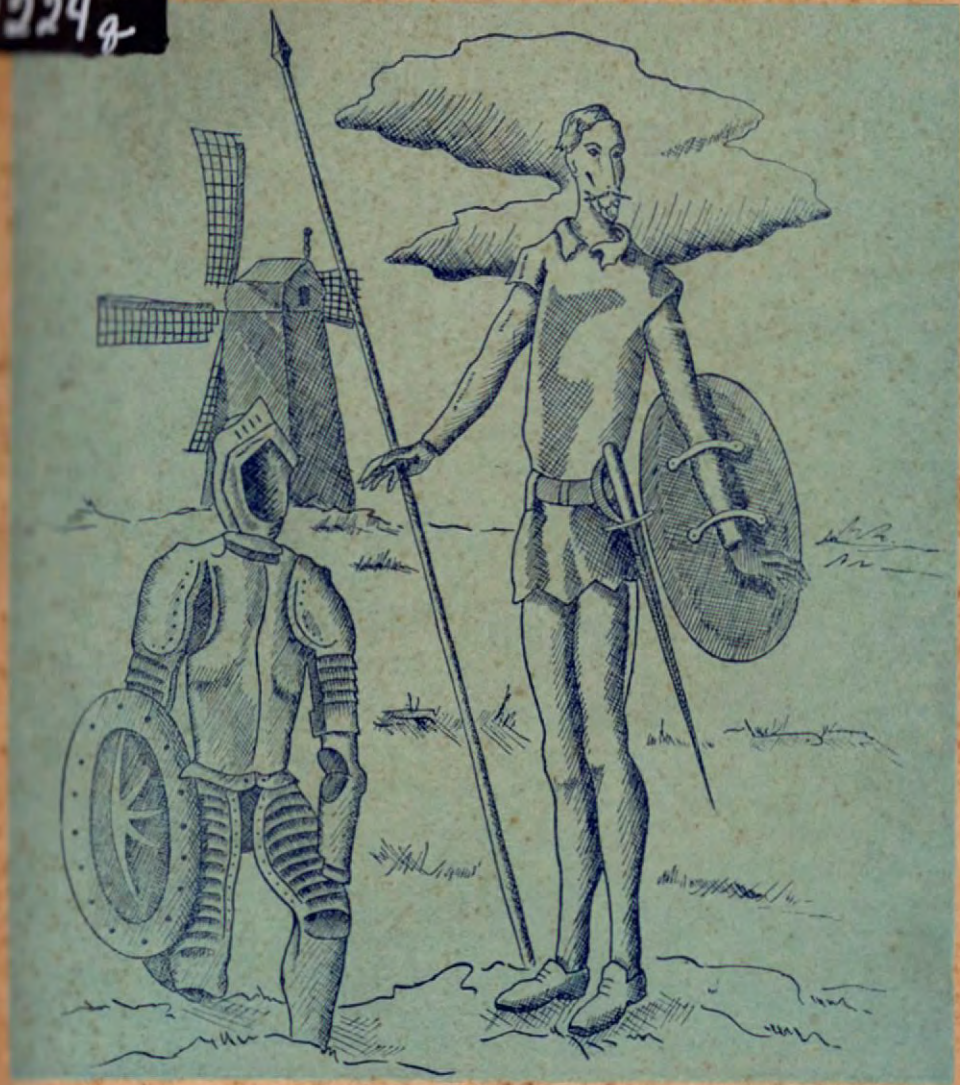


**GLOSAS DEL
QUIJOTE**

C.R.
864.6
B224g

IMPRESA TORMO, S. A.
SAN JOSE DE COSTA RICA

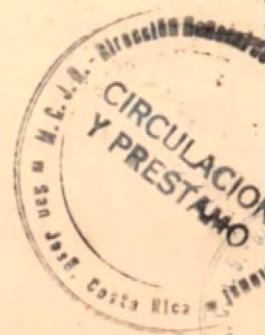


LUIS BARAHONA JIMENEZ

Glosas del QUIJOTE

El autor, perteneciente a la primera promoción universitaria nacional, ha puesto lo más acendrado de su saber y de su sentir en esta obra que brilla por la limpieza y elegancia de su estilo, así como por su peculiar visión de lo que podríamos llamar el sentido hondo y permanente del Quijote.

Continúa este ensayo la línea que ya se habla trazado en su magnífica interpretación del Poema del Cid, tan rebusante de vida y de sabor humano. Ahora vuelve sobre las páginas inmortales de Cervantes para ofrecernos la imagen del Caballero de la Triste Figura recortada sobre el torso de sus propias experiencias y meditaciones. Efectivamente, estas GLOSAS han brotado a la realidad como brota toda reflexión, en contacto con la vida honda del alma, como chispa que se enciende en el choque duro del quehacer cotidiano con las aspiraciones de nuestra naturaleza superior. Don Quijote se convierte así en representación prototípica de todas las almas angustiadas con este trotar bajuno de nuestro siglo, con esta mísera vida que ha desterrado la flor y el perfume del ideal. Desfilan por sus páginas muchos personajes, muchos hechos, muchas cosas "dignas de felice recordación"; y acaban, como todo tiene que acabar, con la muerte, es decir, con la muerte de Alonso Quijano el bueno; pero a diferencia de lo que se estila en la novela y en el drama contemporáneo. Barahona rocía los despojos del héroe con el suave clamor de una oración, plena de optimismo, de fe en los destinos del hombre y en los destinos del ideal que encarna Don Quijote. Por eso saludamos en esta obra el advenimiento de un nuevo estilo de vida, que no se queda con la muerte, insatisfecha de lo pasado y temerosa del porvenir, sino que mira hacia lo alto, donde reside todo auténtico quijotismo, y se lanza a la conquista del futuro, apoyado en la fe, en la fe viva y ardiente del caballero cristiano.



GLOSAS DEL QUIJOTE



LUIS BARAHONA JIMENEZ 1908-

GLOSAS

DEL

100282
QUIJOTE

1953



IMPRENTA TORMO, S. A.
SAN JOSE, COSTA RICA

64.6
B224g

01

Dedico este GLOSARIO a la memoria de Mario Sancho, escritor atildado y maestro en el difícil arte de despertar inquietudes superiores.

Sea éste el homenaje que sinceramente le tributa su discípulo.

LUIS BARAHONA J.

58400g

BB #00



EDITORIAL TORMO, S. A. - SAN JOSE DE COSTA RICA, A. C.

PREGLOSA

DESOCUPADO lector: héme aquí con el ánimo suspenso buscando qué decir en esta "prefación". Y me pregunto ¿por qué todo escritor paga tributo a esta costumbre? Mejor sería que los lectores fueran directamente al cuerpo del asunto tratado en los libros y no influidos por advertencias preliminares. Tal parece como si al prologar las obras los escritores nos dejásemos llevar de una manía, a no ser que en esto se esconda una legítima necesidad de justificarnos y de poner las cosas en su punto, no sea que se nos tome por otros de los que en realidad somos.

Cervantes nos dice en el prólogo del Quijote que no ha "podido contravenir a la orden de la naturaleza; que en ella cada cosa engendra su semejante". Pone como excusa el hecho de haberse engendrado su obra "en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento". Sin embargo, no quiere suplicar al "lector carísimo" que perdone o disimule las faltas de su hijo, pues "tienes, le dice, tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comúnmente se dice: que debajo de mi manto, al rey mató". Pero al cabo, al cabo, allá se va también su pluma, entre mohines y gracejos, a dejar bien claro que, aun cuando su Don Quijote no requiere aparecer adobado entre sentencias y latines, —pues "su libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón..."—, sin embargo, mejor es seguir aquel consejo de su amigo: "—Lo primero en que reparáis de los sonetos,

epigramas o elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo toméis algún trabajo en hacerlos, y después los podéis bautizar y poner el nombre que quiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias o al emperador de Trapisonda..."— Tal es la forma cómo paga tributo a la costumbre de escribir prefaciones, como él mismo los llama, dedicando una serie de sonetos y epigramas "al libro de don Quijote de la Mancha".

Pero no voy ahora a desentrañar las intenciones o motivos que pudieran haber movido el ánimo de Cervantes a escribir su Prólogo, ni menos a querer explicar con razones sutiles esta necesidad en que fatalmente nos vemos cogidos cuando vamos a dar un libro a la estampa. Me urge, en cambio, dar a conocer mis razones y motivos, para que no se crea que en esto sigo el plano inclinado de la pura rutina.

Empezaré diciendo como Cervantes, que yo tampoco he "podido contravenir a la orden de la naturaleza; que en ella cada cosa engendra a su semejante". La cita no puede ser más oportuna, sólo que mi obra no es El Quijote, sino unas sencillas GLOSAS a las cuales no se las puede defender aplicando aquello de, haber sido engendradas en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento. Tampoco pido piedad para mi hijo, porque no quiero comprometer el criterio ajeno, que debe mantenerse siempre libre y altivo para aceptar o rechazar lo que le venga en gana; pues así como en nuestros días las leyes defienden los derechos del autor, así también debemos mirar los que escribimos por los naturales derechos del lector.

He escrito con el sólo propósito de captar y catar del mejor modo posible, tanto la belleza inimitable del Quijote, como su mensaje eterno de humanidad. Porque este libro no debe leerse despreocupadamente, sino con un espíritu atento a los valores que encierra a fin de poder sentir en toda su intensidad y grandeza las dimensiones

trascendentales del héroe, su pensamiento, su íntima tragedia, su sentido agonal de la existencia.

En realidad no hay originalidad ninguna en esta manera de acercarse al Quijote, cuanto más que ya don Miguel de Unamuno escribió su obra —Vida de Don Quijote y Sancho— movido por idénticos propósitos, y su libro está ya consagrado como una de las mejores interpretaciones de la obra cervantina. Sólo reclamo originalidad en cuanto al modo de esa interpretación, y, sobre todo, en cuanto a la interpretación misma. Porque prescindiendo, como lo he hecho, de la obra unamunesca, forzoso era que mi pensamiento reflejara única y exclusivamente mis propias ideas. Esta ha sido la forma como he elaborado esta serie de comentarios libres, estas ocurrencias al margen de los temas escogidos; en ellos va mi propia y peculiar visión del mundo y de la vida, a la luz del quijotismo, que es la visión alta y meridiana de Cervantes. El lector verá por sí mismo si de todo este mi ir y venir por la ruta del ideal Caballero queda en definitiva algo original y de valor. Yo sólo sé que con ello manifiesto mi propia manera de comprender y de sentir El Quijote, en presencia de mis inquietudes y angustias. Mi vanidad no me pondrá a decir aquello de "Y yo digo que para que Cervantes contara su vida y yo la explicara y comentara nacieron Don Quijote y Sancho, Cervantes nació para explicarla, y para comentarla nací yo..." Pero nadie podrá arrebatarme la originalidad que me corresponde como comentarador "por sí y ante sí" del Quijote. En esto encuentro la justificación de mi trabajo, en haber extraído de los profundos hontanares de mi alma una visión propia de la obra inmortal. Por esto mismo es que no hay erudición en mi libro; aparece "sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran a los leyentes y tienen a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes". Hay en cambio mucha subjetividad, y aún, espíritu poético. Este sentido poético

es el que me ha permitido calar en las profundas simas humanas, intuyendo los encantos, hechizos y sublimes verdades que Cervantes escondió en esta su Cueva de Montesinos. La poesía del Quijote es la fuente de donde mana su eterna juventud, y en ella nos bañamos siempre que nos acercamos como niños ingenuos. El toque está en saber dialogar con esta poesía, con esa dulce figura que cabalga sobre un pegaso sideral sin querer mirar los lodazales de este bajo mundo.

Considero que es deber de cada generación detenerse a mirar muy de cerca esta gran obra y tratar de comprenderla desde su propia circunstancia histórica. Porque la altura de los tiempos que hoy vivimos nos hace mirar las cosas con matices y perspectivas nuevos, y aun, con puntos de vista esencialmente diferentes. Esta disparidad de nuestra situación histórica, en relación con la de las generaciones que nos han precedido —recordemos sus principales representantes: C. de Lollis, Américo Castro, Rodríguez Marín, J. Millé Jiménez, Paul Hazard, Manuel Azaña, Bonilla y San Martín, Menéndez Pidal, Unamuno, Ramiro de Maeztu, Ortega y Gasset.— es la que puede justificar el intento que ahora hago de revisar los temas trascendentales del Quijote, y también los intrascendentes, para comentarlos a la luz de mi situación vital. Claro está que esto es apenas un intento, un “ensayo”; pero este “ensayo”, por ser de hoy, no puede menos que aportar una sensibilidad reciente, y en mi caso, un sentido poético elemental, y, por qué negarlo, un deseo sincero de llegar a lo esencial del hombre y de la obra, nudo gordiano del Quijote, que será siempre el principio inquietante de su génesis y la razón última de su universalidad e inmortalidad.

Finalmente, quiero ofrecer a nombre de mi Patria este GLOSARIO como un homenaje a la gloria inmarcesible de Cervantes en el cuarto centenario de su nacimiento. Podrá parecer que este es un homenaje tardío, pues hace ya más de cinco años que éste se cumplió; con todo no fué falta de voluntad lo que me impidió hacerlo a su

debido tiempo, sino razones de índole meramente material. Ahora que por fin he podido superar tales obstáculos, vengo a ofrecer este ramo de pensamientos y afectos al autor del Quijote, para que no se diga que no hubo en Costa Rica quien dedicase un libro a exaltar el nombre del más peregrino de los ingenios que haya dado nuestra raza.

Que el recuerdo del glorioso Manco de Lepanto y la luz de su genio iluminen nuestras vidas y la de nuestros pueblos, y que la sombra protectora del Manchego nos guarde y defienda de toda clase de enemigos, y muy particularmente de los enemigos seculares de nuestra común tradición hispánica.

GLOSA I

LA LOCURA

↓ A locura de don Quijote tiene un no sé qué de común con la de todos los que un buen día deciden salir por los caminos del mundo a exhibir alguna novedad; el mismo Cervantes no tuvo que ir muy lejos para encontrar dentro de sí un símil de esta locura, un tanto frenética, con la que irrumpe su héroe desde las primeras páginas; la razón es clara, todos tenemos un sí es no es de locura que corre pareja con la del Manchego y por muy similares caminos.

Ved ahí un buen señor sentado en su casa, con la pluma entre las manos, una hoja de papel y unos cuantos libros esparcidos por el suelo. Su mano está nerviosa, su semblante iluminado por una fulgurante mirada y toda su actitud sorprendida en el preciso momento en que unas cuantas ideas vagas, confusas van a hacer su aparición en el mundo de las formas literarias. Ahora empieza a correr la pluma; las palabras brotan sumisas, arrebañadas; las ideas cada vez se tornan más originales, más felices, más dueñas de su propio contenido; a poco andar el escritor respira satisfecho: ha concluido un largo párrafo, y, para gozar de su propia obra, lee todo lo escrito, admirando con gozosa fruición ya la forma, ya el contenido, ya su unidad indisoluble, ya el arranque airoso de sus frases y períodos, ya, en fin, la vitalidad con que a trechos parece animarse su obra, de todo lo cual saca renovados bríos para llevarla a feliz término. Sin embargo, decide salir de casa porque presiente que le ha sobrevenido un momento de lasitud. Otro día continuará, cuando se encuentre a tono con sus pensamientos, con la misma in-

quietud de producir a lo grande, que no siempre estamos de vena para las mismas cosas. Así pueden pasar meses y años. Pero un buen día nuestro hombre toma en sus manos un abultado rollo de papel y sabrosamente arrellanado lee de un cabo al otro su propia obra terminada y a punto de ser dada a la stampa. ¿Cómo ha sucedido todo esto? ¿Cómo fué posible que durante tanto tiempo aquel señor viviese tan intensamente cada una de las palabras, de los pensamientos que luego iba anotando cuidadosamente en sus papeles? Cervantes nos da la clave del problema con aquello de que "le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras, y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravios, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama".

El escritor, el poeta, el sabio, el filósofo, una vez que se entrega de lleno en brazos de la sugestión de lo bello o de lo verdadero, va pasando, tras imperceptibles etapas, de la cordura a la locura. La mucha ciencia, el mucho filosofar, el mucho anhelar las puras formas, así como el mucho leer y el poco dormir del Manchego, va forjando en nosotros un pequeño mundo de formas, de tonalidades, de matices varios que con el tiempo se resuelven en lo que llamamos creación y no locura, gracias al consentimiento universal que tolera este dislocamiento de lo trivial y lógico, de lo puramente real por el solaz que proporciona, o mejor, por la oportunidad que brinda a todos de sumirse, sin perder los estribos, siquiera aparentemente, en la locura ajena. Ha habido una autosugestión por la que, a semejanza del caballero, paulatinamente vamos dando a nuestras concepciones, no sólo posibilidades de ser, sino ser real y verdadero; empezamos a creer en la verdad de lo imaginado, a dialogar con ello, a sentir su presencia actual; y como al cabo consentimos en todo,

lo prohibamos y le damos un nombre para llamarlo y distinguirlo de entre el cúmulo de las cosas ya existentes. Pero no para aquí todo, sino que también a nosotros nos parece "convenible y necesario", por mil y mil razones, ir por todo el mundo con nuestras obras a cuestas y con la pluma en la mano a buscar las aventuras y a ejercitarnos en todo aquello que pueda recabar para nuestras obras y persona eterno nombre y fama. Una vez bautizada su obra —Rocinante al que todo escritor y artista suele denominar con palabras, si no altas y sonoras, al menos significativas— resta que el propio autor se decida por el suyo, que no siempre estamos conformes con el que nos dieron al nacer. El renombre, he aquí el más difícil problema de la vida. Lo normal, lo lógico sería dejar al tiempo el dar música y sonoridad a la palabra con que nuestros padres quisieron llamarnos; pero no todos se conforman con el lento devenir de las horas; tienen prisa —la prisa es uno de los constitutivos formales del hombre moderno—, no tanto por el nombre, que al cabo es tan sólo una palabra convencional, sino por el renombre que ha de acreditar en un todo la calidad de sus obras, cuanto más que cada uno es hijo de ellas. Es así como surge el nombre con el que se le ha de distinguir cuando de sus hechos se trate; porque para convivir con sus semejantes, para ser respetado y estimado como varón prudente y de buen juicio, basta y sobra con el otro, con el vulgarmente llamado propio. Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín, y confirmándose a sí mismo, una sola cosa hace falta y es el buscar una dama de quien enamorarse; pero en tratándose de amores los males se duplican y la locura para en su colmo: que amor de suyo es locura y arrebató. Pero nuestro hidalgo artista o escritor no parará mientes en ello y así cantará a su Filis, a su Beatriz, a su Dulcinea en los momentos en que su inspiración haya roto todos los vallados, vencido los caraculambros y gigantones que le cerraban el paso a lo ideal, o como dicen algunos, a lo universal poético.

Con esto es suficiente para tener por locos de atar a los que, para nuestro bien o nuestro mal, hemos dado

en la manía de creer en la veracidad de lo que leemos, imaginamos o soñamos, con el deseo consiguiente de mostrarlo al mundo, ese mundo de las ventas, de los molinos de viento, de los batanes y galeotes que, no obstante gozar con nuestras quimeras, nos mira con ojos sonreídos de malicia, si ya no es que nos muele a palos tan pronto como descendemos de nuestro clavileño y pisamos la dura tierra de este mundo.

Pero no importa que así sea, nos decimos (a modo de jaculatoria poético-mística) allá en el hondón de nuestras almas, estremecidas por el soplo de lo bello, no importa que así sea, en tanto que a la cabeza de tantos locos marchen el Ingenioso Hidalgo y el Príncipe de los Ingenios, que esta locura a las veces suele ser signo de predestinación.

GLOSA II

PRIMERA SALIDA

VENDO, pues, por su camino, hablaba consigo mismo nuestro flamante aventurero.

Pensemos un poco en esto de habiar consigo mismo, paso a paso y durante todo un día de sol abrasador; cosa de locos ¿no os parece? Pero, ¿qué otra cosa puede hacer un cuerdo si va solo y por esas llanuras de España que son una verdadera invitación al cavilar, al soñar? ¿Podéis suponer acaso algo más humano, más propio del momento y del lugar que aquellos deseos obstinados de ver, de hacer algo digno de consignar en las historias? Al menos, si no acometía de buenas a primeras gigantes y endriagos, si no realizaba empresas dignas de importancia, surgían de la hoguera de su imaginación aquellas sublimes palabras de los campos de Montiel, que encarnan una verdadera profecía que hubo de cumplirse, palabra por palabra y letra por letra, en nuestros días y en el año en que todos los países de la tierra celebraron el centenario de Cervantes; palabras que si bien fueron dichas por un loco, sólo un genio pudo pensarlas: “dichosa edad, y siglo dichoso aquél adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro”. Difícilmente puede uno, al leer este pasaje, contener la intensa emoción que nos producen; de inmediato surge a nuestra imaginación la figura resignada y cristiana del héroe de Lepanto, el alma noble de aquél que dijo, para gloria de España y de su pueblo, que “la sangre se hereda y la virtud se aquista” y su sonrisa iluminada de gozo al ver cómo en nuestros días se cumple

aquel vaticinio del novel caballero. Dejemos, pues, que nuestro héroe siga adelante en su monólogo inspirado, que ya lo hemos dicho, la locura suele ser signo de predestinación.

Por ahora hemos llegado a la venta donde Don Quijote se ha de armar caballero. Todo ocurre en un ambiente de burlas y pendencias, de frases grandilocuentes y de ritos un tanto grotescos; sin embargo, el héroe no se inmuta, sigue adelante, sin mirar hacia abajo, los ojos puestos en su ideal y en su señora, y el corazón en las grandes empresas que habrá de rematar. Pasada la vela de las armas, se efectúa la ceremonia en un corral o caballeriza. Es aquí donde nace al mundo un nuevo ejemplar de caballero, un portavoz de la justicia y un predicador o misionero de cuanto ideal grande pueda caber en el corazón de los hombres. No os parezca ridícula la miseria del lugar, la chatez del ventero al creer que “todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo”, ni aquella risa disimulada de las mujeres que hacían de damas, ciñéndole la espada y calzándole las espuelas, porque también hubo burlas para otros y se les llamó locos porque predicaban verdades que no cabían en la mente de los cuerdos ni en el corazón de los ruines. Bien está Don Quijote en la venta y la burla en los descreídos, que el ideal tiene sus fueros, si bien éstos no se reconocen en este mundo, en estas ventas y corrales. Menester es arrumbar a otros horizontes para ver cuán grande es el campo y la jurisdicción de los auténticos caballeros y cuán dilatados los mirajes de los que tienen una misión que cumplir, una hazaña que realizar, una aventura que rematar; pero antes hemos de armarnos caballeros, vale decir, hemos de recibir el espaldarazo de manos de los venteros, de las almas pequeñas, de la miseria de lo real; sólo después de que los ruines de toda laya hayan hecho escarnio de nuestra generosidad y de nuestro valor es que podemos lanzarnos a correr nuestra aventura, porque nadie puede aspirar a la fama, a la gloria, si no corre su aventura, si no cree en el poder de su

brazo y en el amor de su dama. El toque está, precisamente, en escoger el campo más apropiado para el éxito y en saber elegir las armas; pero, eso sí, una vez confirmados en nuestra profesión hemos de hacer nuestra primera salida con las armas bien empuñadas y el corazón henchido de generosos ideales; lo demás es cuestión de esperar, de esperar y de acometer cuando se presente la primera oportunidad, tal como lo hizo Don Quijote tan luego como se vió armado caballero. Grande es la profesión de caballero, grande el ideal que persigue, mas grande y muy grande debe ser el corazón de todo aquel que pretenda ceñirse la espada para librar el combate de la vida, que la vida es milicia y la milicia profesión de espíritus nobles y levantados.

Esperemos, pues, nuestra primera salida para probar nuestras armas y el temple de nuestra fortaleza; el cielo nos dará presto, como a nuestro caballero, oportunidad de cumplir con los deberes de nuestra profesión.

GLOSA III

ANDRES, JUAN HALDUDO Y DON QUIJOTE

ANDRES, helo allí desnudo de medio cuerpo arriba, recibiendo muchos azotes; Juan Haldudo es un labrador de buen talle que armado con una pretina castiga groseramente al indefenso muchacho; Don Quijote es el novel caballero, que da gracias al cielo porque tan pronto se le ofrece la primera ocasión de luchar por los menesterosos. Vedlos a los tres empeñados en mantener, por un momento al menos, la razón, el fundamento de su conducta: el uno alega que castiga el descuido o bellaquería de su criado; el criado que su amo le niega la saldada, su sudor y su trabajo; y el improvisado representante de la justicia, la justicia misma escarnecida y maltrecha en la persona de Andrés. Estos tres personajes ficticios representan la vida, donde nunca faltan víctimas que sufran los zarpazos del dolor, de la ingratitud y de la persecución. La escena se me antoja la representación viva de ese bregar de siglos en que se debate la humanidad, o su mejor parte, luchando por los sagrados fueros del bien. ¿Quién recogerá al cabo la palma de la victoria, la víctima, la injusticia o el derecho? Veamos el remate que da Cervantes a este corto drama. Por de pronto, y bajo la amenaza de ser alanceado, el labrador da libertad a su criado; por lo que hace a los dineros, Haldudo empeña su palabra de pagárselos puntualmente tan pronto como llegue a su casa, pues al decir de Don Quijote, basta y sobra con que él se lo mande, aun cuando no haya recibido ley de caballería, "que Haldudos puede haber caballeros, cuanto más que cada uno es hijo de sus

obras". La acción termina por donde comenzó: Andrés se ve a punto de ser desollado vivo, como lo temía; Haldudo se burla del desfacedor de agravios, y éste, sigue adelante "pareciéndole que había dado felicísimo y alto principio a sus caballerías deshaciendo el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la crueldad". A la verdad, tan sólo se salva el principio en la mente del generoso caballero; en la realidad, perece o al menos no se cumple. Cervantes, cruelmente maltratado por la fortuna, sabe como Andrés, que el mundo está lleno de Haldudos y que sus obras distan mucho de la justicia: tan pronto como desaparece la amenaza se extingue el buen propósito y sólo la autoridad revestida de fuerza es capaz de afianzar el derecho en las almas mal nacidas. Por tanto hemos de admitir la insuficiencia de los medios humanos para mantener a raya los ímpetus innobles de nuestra baja naturaleza, a no ser que en verdad se profese hasta la locura la sagrada ley de caballerías, que es ley de amor, fundamento incommovible del orden y de la justicia, pues como bien lo dijo el filósofo; si los hombres se amaran no habrían menester la justicia.

GLOSA IV

BIENAVENTURADOS LOS QUE CREEN

TODO el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo, doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la simpar Dulcinea del Toboso". Tamaña confesión, ¿no os parece? Se ha de aceptar nada ménos que Dulcinea es soberana, y soberana por la hermosura. Por lo que a mi respecta —Risam teneatis— confieso que no me cabe la menor duda de ser cierta tanta hermosura, cuanto más que es Cervantes quien sale fiador de su beldad, pues en punto a soberanas hermosuras y a hermosas soberanas, tengo por soberano y definitivo el gusto del creador de Dulcinea, tal y como la describe por boca de su enamorado caballero. Pero es lo cierto que una golondrina no hace verano, como dice el proverbio, y no faltarán los espíritus prosaicos que hagan coro a las burlas de los mercaderes toledanos que toparon con Don Quijote tan luego como éste se hubo apartado de Andrés, los cuales pedían pruebas fehacientes de la hermosura de tal señora para hacer de buena gana y sin apremio alguno la confesión que se les pedía. Pero lo importante está en confesar sin ver, porque, ¿qué mérito hay en reconocer una verdad notoria? Bienaventurados los que no vieron y sin embargo creyeron, porque de ellos es el reino de la hermosura; pero para mal de muchos, no son pocos los que aún porfían en negar las grandes prendas de la emperatriz de la Mancha; para éstos Dulcinea es y seguirá siendo una moza ruda y maloliente, el reverso de la otra, ideal y simpar, que concibió Cervantes como el sùmmum del ideal caballeresco.

Sí, el reino de la hermosura es de aquellos que tienen fe, y fe de la misma calidad y de la misma fuerza, si cabe, que la requerida para creer en los altísimos misterios de Dios. Porque, si no, decidme ¿dónde iría a parar toda la inspiración de los poetas, el calor, el divino entusiasmo de los grandes artistas?; ¿quién podría gozar de tanta belleza creada por la mano del hombre, quién podría sentir esos arrebatos sublimes en los que es necesario condescender, siquiera tácitamente, con el poeta que afirma realidades y atributos de realidades del orden estético encarnados en formas sensibles, por ser las únicas que están a nuestro alcance y las únicas que conducen como de la mano al reino de las formas puras? Sin esta fe no sólo se entroniza lo vulgar y perecedero en el solio augusto que tan sólo debe ocupar lo elevado, lo noble, sino, lo que es todavía peor, se extingue la más pura manifestación del espíritu humano, el arte, y con él cada una de las obras que han venido hermozeando y dulcificando la existencia a través de la historia. No se me ocurre qué pena cabría aplicar a esta clase de incrédulos, pues que no sólo se niega a Dios rechazando su existencia, sino también desconociendo sus obras, y obra de Dios es la belleza considerada en todas sus manifestaciones. Por tanto, y hasta no ver a los delincuentes del mal gusto en el tribunal divino, bien está que alguien acometa a nombre de los sagrados fueros de la hermosura a todos los mercaderes incrédulos que de uno u otro modo hacen burla de las más altas y fecundas verdades que profesa el espíritu humano, como lo hizo Don Quijote acometiendo a los que negaron la beldad de su señora; lástima grande que en aquel punto y hora le faltasen las fuerzas a Rocinante, pero con todo, buen castigo tenían ya en su propia ceguera, que no hay pena mayor que ver el mundo con ojos de mercader.

GLOSA V

EL DONOSO Y GRANDE ESCRUTINIO DE LA LIBRERIA QUIJOTESCA

QUE libros se han de leer y cuáles no?, he aquí una cuestión harto delicada para resolverla sin más ni más. Porque libros hay que de puro inocentes ofenden y otros que de puro aburridos bien merecen el ser arrojados en el corral. Los de caballerías son los más, pero no los buenos sino los malos, a los que de nada les valdrá proceder del linaje de Amadis. Paparruchadas, diríamos hoy, que van de mano en mano haciendo estragos sin que haya quien asuma el papel ejemplar del cura que, airado de ver la triste condición de su amigo Alonso Quijano, dió con todos en las llamas. Los unos pecan por la forma, los otros por el fondo, y la mayoría por ambas cosas a la vez; sin embargo, se salvan del fuego aquellos que bien pueden considerarse como únicos en su arte, bien por la invención, como el "Espejo de Caballerías," bien "por las razones, cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla con mucha propiedad y entendimiento".

De lo dicho se sigue cuán grande sea el número de los malos libros y cuán pequeño el de los buenos. Porque no estamos con los que afirman ser todos buenos en alguna manera, pues con ello se absuelve la estulticia y el desgarbo del brazo secular del ama cervantina. A la verdad, muy lastimoso es ver cómo se va perdiendo día con día el sano criterio de lo bueno, de lo selecto, merced a la frivolidad, al incentivo de lo novedoso en cuanto al tiempo y no en cuanto a la calidad. Gran falta nos hace el sano criterio y el amor a la verdad de aquel cura cas-

tizo que llamaba a las cosas por su nombre, sin importarle un ardite ir contra la opinión triunfante. Amor a la verdad, he dicho, porque entiendo que hoy se baten palmas, no al mérito legítimo, al valor auténtico de las obras, sino al camarada que profesa o dice profesar tal o cual ideología política, artística o religiosa; es así como se logra renombre o prestigio, palabra ésta que en su acepción primitiva significa, más que relevancia y superioridad verdadera, engaños, ilusiones y aun encantamientos o embelecios. Tales son muchos prestigios de mercado que van por ahí inflados por los vientos de la propaganda, que son algo así como demonios de la peor calaña que corrompen al género humano con este nuevo género de idolatría, modernos encantadores o embaidores que dan punto y raya a los Olivantes, Palmerines y Belianises por lo disparatados, arrogantes, secos y enclenques de estilo, si ya no es que de todo en todo constituyen un rimerero de perversas y aviesas doctrinas, dignas por mil títulos, no digo del corral y el fuego, sino del mismo infierno, asiento natural y holgado para tales fechorías intelectuales.

La biblioteca de Don Quijote no era con todo de las malas, pues hecha la expurgación, bien quedaban una veintena de libros ante los cuales se descubra reverente el cura y el barbero, ponderando su estilo, su originalidad, su pensamiento discreto, su belleza, su sana doctrina. Allí estaba gran parte del pensamiento antiguo, griegos y romanos, algunos autores medievales revueltos con los buenos y malos caballeros. Era una biblioteca de hidalgo manchego muy siglo dieciséis y muy antigua, como diría nuestro Rubén. Allí estaban en cueros rugosos, sobre estantes barrocos, Platón con sus inmortales Diálogos, El Filósofo con su Organón y sus profundas teorías del ser, Homero con sus héroes, Esquilo y Sófocles, Herodoto y Tucídides, Pericles y Demóstenes. Tampoco faltaban Tulio, Tácito, César, Horacio, Virgilio, Séneca el filósofo, Ovidio y su Metamorfosis, Plutarco, Prudencio, Los Santos Padres, las vidas de los santos recogidas en el *Flos Sanctorum*, la Grande e General Estoria, Las Siete Partidas, y tantos y

tantos libros, ya de poesía, ya de oración, ya de entretenimiento, ya de arte cisoría o venatoria, ya de magia, de pura invención novelesca o caballeresca. Sí, no era mala aquella biblioteca en la que se daban la mano la filosofía con la poesía, el pensamiento pagano con el pensamiento cristiano, las inquietudes contemplativas con las prácticas, la onda visión del mundo con las curiosidades nigrománticas, la vida de los grandes capitanes con la de los varones del yelmo, los metros poéticos con la prosa solemne y majestuosa, la razón con la imaginación, lo nuevo con lo viejo, y en fin, lo humano con lo divino. Al través de sus lecturas aparece claro, manifiesto el semblante espiritual de los contemporáneos de Cervantes y de todos los caballeros que discurren por el Quijote, reflejo fiel de aquel gran siglo en que la mente hispana parecía imbuida en el pensamiento austero de Séneca, de los Evangelios y de Los Santos Padres, el corazón de la doctrina sobre el amor de Dios de Fray Juan de los Angeles, la voluntad en las Vidas incomparables de Plutarco, de César, de Alejandro, del Cid, de Bernardo del Carpio, de Suero de Quiñones y del gran Carlos V. No hay, pues, que extrañarse de que aquellos hombres viviesen al hilo de los grandes ideales, anhelando la inmortalidad, bien en las empresas guerreras de Flandes o de América, bien en su lucha por el restablecimiento de la unidad europea, bien en el cultivo de las letras y las artes, bien en sus arrebatos místicos, jamás antes logrados en la poesía y en la prosa, bien en los excesos de santidad y en el ímpetu misional de sus predicadores y mártires. Todo esto se incubó en sus bibliotecas, en sus libros rugosos, a la luz de los candiles, en los monasterios o en las frías casonas de los caballeros. Allí nació aquel estilo grande de vida, aquél espíritu hechizado por todo lo que hace del hombre un ser extraordinario, capaz de los mayores imposibles.

Cuán distinta es la condición de las bibliotecas de hogaño, reflejo también fiel de este siglo empequeñecido y chato, que no acierta a elevarse por encima de sus con-

quistas materiales por falta de ideales generosos, de modelos epónimos para el pensamiento y la acción. Nuestros estantes están llenos de obras en que campea la cursilería barata, el pensamiento rastrero, el materialismo insolente, la pornografía, el cientifismo vago e incoherente, la pedantería sin originalidad, la novela sin héroes, la poesía sin sentimiento, las batallas sin gloria, las vidas sin perfume, sin honor ni santidad; son simples abrevaderos para las multitudes, para los rebaños humanos que sólo buscan el pienso de sus afanes e intereses inmediatos. Hay mucha hojarasca en esos corrales de papel impreso que ha de aventar muy presto el tiempo, sin que quede memoria en las generaciones futuras; porque sólo se recuerda lo que vale, lo que gravita en los espíritus inteligentes y buenos, lo demás se lo lleva el viento inmisericorde de la justicia, que no perdona nunca la bellaquería, cuanto más, si ésta viene envuelta en el ropaje caduco que hoy exorna la mayor parte de nuestras producciones.

Nuestras bibliotecas particulares, no son en verdad bibliotecas, pues les falta la vida, la belleza, el arrebató genial de los clásicos, por más que abunden en obras de carácter científico, en gruesos tratados sobre todas las disciplinas que se han constituido para estudiar este mundo que habitamos. Y es que sólo los clásicos pueden darnos eso que nos falta, calidad espiritual, profundidad en el vivir, vida auténtica de hombres, ideales que apaguen esa angustia que corroe el corazón con la perspectiva cada vez más próxima de la nada, fin natural de todo materialismo. En ellos está la salvación de este mundo agonizante, de este hombre de pleno siglo veinte que busca la verdad y desconoce sus fuentes, que desea la belleza y el bien, pero que todo lo cifra en el comer y el vestir, en el poder y en la eficacia de sus motores y bombas. Volvamos a nuestros clásicos humildemente, en ellos reencontraremos la luz perdida, la ciencia buscada, el saber primero y primordial que nos sirva, a manera de señales de tránsito, para orientarnos hacia la vida perdurable, única que nos corresponde como hombres, como caballeros y como cristianos...

Entre tanto, para consuelo y seguridad nuestra, repitamos el ensalmo de la buena ama rociando nuestra librería con agua bendita, no sea que entre sus libros se hallen algunos de los muchos encantadores que hoy circulan por ahí "y nos encanten, en pena de la que les quedemos dar echándoles del mundo".

GLOSA VI

LA AVENTURA
DE LOS MOLINOS DE VIENTO

SI hemos de concederle una filosofía al Quijote debemos buscarla a cada paso en nosotros mismos; no es éste un libro en el que intencionalmente su autor vaciase su concepto de la vida y de las cosas al modo y manera como muchos lo han creído y lo siguen creyendo. Cervantes escribió a lo sabio, pero a lo sabio vulgar, y esta sabiduría que le fluía por todas partes no estaba sujeta a cánones, a sistemas, ni a escuelas; era la vida misma puesta en diálogo poético que iba dejando a su paso el oro en bruto que luego cada quien ha ido recogiendo al correr de una lectura polarizada por la propia situación cultural del lector. El Quijote, como Quijote, no necesita exégetas ni comentadores; es obra democrática, escrita con amor para el prójimo; algo así como Los Evangelios que anuncian el reino de Dios a todos los hombres de buena voluntad, sin distinción de razas, de culturas ni de edades. Cada uno puede venir a este gran libro para recoger aquel su mensaje de jovialidad, de poesía y sabiduría, según que lo que se busque sea una de estas tres cosas; todos podemos disfrutar de su lectura y quizás sean los legos los que mejor puedan captar su rico contenido, cumpliéndose así, una vez más, aquellas divinas palabras: escondiste estas cosas a los sabios y las revelaste a los ignorantes, que la ignorancia inocente y pura suele cavar muy hondo en los misterios que desvelan y atormentan a las inteligencias esclarecidas. Por consiguiente no debemos hablar aquí de la filosofía del Quijote, sino de nuestra propia filosofía; tomemos lo que nos parece estar de acuerdo

con nuestra conducta mental y sobre estos datos elaboremos nuestras propias meditaciones. Así dejamos al autor y a los personajes en el lugar que les corresponde y nos colocamos en condiciones de crear nuestra propia filosofía quijotesca, para solaz y aprovechamiento de nuestros espíritus. Esto va dicho contra más de un desvariado que ha dado en la flor de creer que existe una real y verdadera filosofía del Quijote, escribiendo sobre el tema tantas y tantas páginas que a la larga ni ellos mismos podrían dar cuenta del punto de partida de sus pensamientos. A esto llamo yo la aventura de los molinos de viento de algunos cervantófilos modernos, gente original si la hay, que ha echado canas con la razón de la sinrazón del Quijote, que vaga por esos mundos en busca de discípulos que quieran dedicarse con ellos a la gran tarea de reformar la sociedad con la filosofía que, según su parecer, predicó Don Quijote y Sancho Panza.

La filosofía del Quijote es no tener ninguna: sus personajes viven, piensan y sienten, ora según la visión personal del autor, ora de acuerdo con las necesidades poéticas del pasaje, o bien, según el modelo de los viejos caballeros o de los viejos libros de caballería; por ninguna parte asoma eso que de Platón acá entendemos por idealismo, en sentido estrictamente filosófico, ni menos el materialismo en que algunos quieren ver sumido al pobre Sancho. Bien puede haber de una u otra cosa, pero en líneas generales lo único que podemos ver en estos personajes es lo que originalmente quiso Cervantes que fuesen: el uno un loco, sublime si se quiere, pero loco al fin; y el otro un simple con ribetes de glotón y atisbos de prudente; y con esto está dicho todo, lo demás sobra. Pero, ¿quién convence a estos nuevos quijotes del quijotismo de que no hay tales gigantes, sino molinos de viento? Ved aquí el pecado de Cervantes, pues que a pesar de escribir contra los libros disparatados de caballerías, por el gran daño que estos ocasionaban en su siglo, vino a convertir el suyo, al menos en este aspecto y gracias a la fertilidad de su ingenio, no en un libro más de caballe-

rias, sino en el único libro de caballería que en estos últimos siglos trastrueca la mente de los hidalgos de la pluma hasta el punto de creer a pie juntillas en esa levadura que han dado en llamar la filosofía del Quijote.

Otra cosa es filosofar sobre el Quijote, verter en moldes quijotescos, bien nuestra propia cordura bien la cordura ajena ya incorporada a nuestro modo de ser; pero aquí no nos encontramos sino ante nosotros mismos, nunca ante la cordura cervantina; de otro modo tendríamos que admitir como ciertas cada una de las tantas interpretaciones que de esta obra se han dado y que no parecen avenirse a un común parecer, buena prueba de su inconsistencia y falsedad. Por lo demás, sólo nos duele que al final de cuentas estos metafísicos del quijotismo hayan perdido el tiempo elaborando hipótesis y construyendo sistemas sobre una base tan inestable como es la locura. Así como ha dicho Pascal que a fuerza de hablar de amor llega uno a sentirse enamorado, bien podemos decir que a fuerza de hablar de locuras llega uno a enloquecerse. La locura es un tema escabroso para ciertos espíritus propensos al disloque mental, cuanto más si se trata de la metafísica de la locura. La locura debe tratarse como la trató Cervantes, con gracejo, vale decir, con inteligencia. El gracejo es la más perfecta expresión del predominio mental sobre el imaginativo; la ironía, la gracia en el decir, la risa chispeante que aflora a nuestros labios no se explica sino en virtud de nuestra superioridad racional; por esto es que en el Quijote campea la risa más fina y delicada desde la primera hasta la última página; si así no fuera bien poca cosa valdría aquel relato y aquellos personajes. En esto consiste precisamente el dislate que comentamos, en no haber sabido sonreír siempre al unísono con el Príncipe de los Ingenios al leer los disparates de su héroe; en haber puesto cara seria, tratando de leer siempre entre líneas en el afán de encontrar algo más allá de lo que a primera vista aparece; en fin, en haber creído que la esencia pura de los molinos de viento, no era la de ser molinos de viento, sino la de ser gigantes o

algo parecido, que cada filósofo de estos tiene sus concepciones, sus ideas fijas, sus gigantes y endriagos. Volvamos, pues, al buen sentido; leamos inteligentemente aquellas páginas inmortales, teniendo por cierto que las ventas, los venteros, los molinos y los rebaños no son otra cosa que ventas, venteros, molinos y rebaños; sólo así podremos disfrutar del fino humorismo, del ingenio y portentosa inventiva de Cervantes; y así, entre risa y risa, entre sorpresa y sorpresa adivinar, intuir la fórmula genial con que ha podido sobrevivir a los siglos este cúmulo de concertados disparates. El que no sonría, el que empiece a ponerse taciturno y demasiado reflexivo ante aquellas maravillosas mentiras, guarde su libro por un buen espacio de tiempo, arrójelo al corral si quiere, porque es señal de que está a punto de perder el juicio; a este tal le aconsejamos el reposo, una larga estancia en casa de algún rico Camacho, si lo hay, o la amable compañía de sus amigos, que la soledad es madre de melancolías y forjadora de molinos de viento.

GLOSA VII

DISCURSO SOBRE EL SIGLO DE ORO

DESPUES que Don Quijote hubo satisfecho bien su estómago, tomó un puñado de bellotas en sus manos y mirándolas atentamente, soltó la voz a semejantes razones. “¡Dichosa edad y siglos dichosos!”... Esto del comer tiene su miga. Porque el insigne manchego bien se cuidaba de hablar mientras que con mucho donaire y gana embaulaba tasajo como el puño; no antes ni después de que se hubo satisfecho el estómago dió principio el gran discurso del siglo de oro. Tal parece como si aun los locos tuviesen necesidad de sujetar el libertinaje de sus ideas a la cordura del buen yantar, que no suele ser propicia la inspiración cuando el hermano asno se inquieta por el pienso. Pero, después de haber pagado este forzoso tributo a la naturaleza, la mente cobra bríos y gana en alacritud, en donaire y elocuencia; se improvisa, sobre todo cuando, como en el caso que comentamos, ha andado de mano en mano y muy a la redonda el laborioso cuerno, y esta improvisación se adentra de lleno en los dorados siglos en que no había tuyo ni mío, en aquella santa edad en que todas las cosas eran comunes. Alguien ha dicho que los hombres ponen los ojos en el pasado para gozar ahí de la dicha que no alcanzan en el presente; otros sostienen que la creencia en el más allá se basa en esta misma inquietud de espíritu; y no falta quien sostenga o trate de explicar la génesis de las doctrinas materialistas por idénticas o parecidas razones. A mí se me ocurre pensar que todo el derecho sobre el tuyo y el mío, la poesía de los siglos felices y los más felices discursos han tenido su origen en el buen o mal yantar; y no lo digo por ojeriza contra la sabrosa cena de los ca-

breros, que aunque hubiese sido mejor que la aderezada en casa del rico Camacho, bien empleada se estaba si con ello daba motivo a aquella deliciosa pintura de los siglos felices, a aquel puro torrente de poesía. Pero es que los hombres de todos los tiempos tenemos la flaqueza de hablar, y muy bellamente por cierto, cada vez que la Providencia nos depara una bien abastecida mesa y una cratera, vaso, cuerno o bota —que la forma del continente no altera la calidad del contenido— de un sabroso vino. Allá está, casi en la penumbra de la historia, el divino Homero con su vaso de perfumado licor, presto a empuñar la lira con que canta a la cólera de Aquiles y a la belleza de la simpar Helena; más acá vemos al divino Platón saturando las crateras con que van a paladear sus comensales las deliciosas viandas que se sirven en casa de Calicles, antes de dar principio al diálogo filosófico que ha de elevarse a la consideración del bien, de la belleza, del amor. Y ya de este otro lado de nuestra era, oíd a uno de los mejores troveros en cuaderna vía, clamando por un vaso de “bon vino”, antes de iniciar sus “Vidas de Santos” o “Los milagros de Nuestra Señora”. De manera que no hacen otra cosa los filántropos actuales sino ceñirse a los mandatos de una tradición venerable cuando se reúnen de tarde en tarde alrededor de una mesa para alabar, después de una frugalísima comida, las bellezas de la cooperación social, el desinterés y nobleza de las almas generosas que se entregan de lleno a la tarea de aliviar las necesidades del prójimo, y la dulce enseñanza del amor, palabra esta que suele arrancar lágrimas y sollozos, pero sobre todo, los más bellos conceptos oratorios, sobre la justicia social, la igualdad y otras cosas más con que se pone punto final a estas peroratas humanitarias.

Por contraste, se dice que el hambre aguza el ingenio y que la necesidad es la madre de la ciencia. Los ejemplos que se pueden aducir para corroborar esta tesis abundan por todas partes, bastaría con recordar al Lazarillo de Tormes y con él toda la picaresca española, que no es otra cosa que un rimero de ingeniosas aventuras

alentadas por el hambre; pero ¿a qué ir tan lejos si en el propio Quijote está su confirmación? La miseria, la pobreza, el hambre a no dudarlo han dado toda la sal, la ironía, el ingenio y, a las veces, el sosegado fluir de conceptos profundos y de discursos elocuentes a su autor, perito en toda clase de sufrimientos y de desdichas. De modo que a la postre no sabemos a punto fijo si este discurso que comentamos lo hemos de atribuir al hambre de Cervantes o al pausado comer de Don Quijote; porque aquí tanto caben los eructos del caballero como los bostezos del pobre autor. Por de pronto, demos gracias al cielo de que haya almas que en medio de sus desdichas sepan sonreír y decir tan bellamente las cosas; porque para desgracia del género humano, éstas no son las más, abundando las que callan, las que no sonríen, sino que fuercen una mueca de odio sobre los que comen y no sufren estrecheces; estos son los que en todos los tiempos forjan las revueltas y llenan al mundo de congojas, aquellos otros los que desafían la miseria y la vencen, dejando al mundo un legado de gracia y de belleza inmortal. ¿No os parece que vale la pena este sufrir, este padecer tales necesidades, a cambio de los atavíos y primores de este risueño discurso sobre aquellos siglos a quienes los antiguos pusieron nombre de dorados?

GLOSA VIII

MARCELA

MARCELA es la hija del rico labrador Guillermo. Creció huérfana de madre y con el dinero heredó también la belleza. Pero raro caso el suyo, en vez de usar la hermosura para casarse bien, dió en "irse al campo con las demás zagalas del lugar y dió en guardar su mismo ganado". En esto estuvo todo el mal, porque con aquel su desenfado y libertad atraía a hidalgos y labradores, quienes la requebraban y solicitaban, arrojándolos ella de sí desengañados hasta la desesperación. El caso del pastor Grisóstomo, bien a las claras lo dan a entender sus versos, en el fondo no es otra cosa que un suicidio por desengaños desesperantes.

Temple moderno hay, qué duda cabe, en esta Marcela tan libre, tan independiente, tan segura de sí misma. Aun al amor lo esperaba, pero como destino, que no por mera conveniencia, según los usos de su siglo. La naturaleza es en ella, no un simple marco o contorno hábilmente preparado por la imaginación creadora de aquel mundo artificioso de la vida pastoril en boga, sino una dimensión profunda de su alma, de su espíritu habituado a la soledad y a la contemplación, a esa contemplación espontánea de las almas vírgenes que suele transfigurarlas merced a ciertos efluvios misteriosos que soplan del más allá.

Oigámosla cómo se encara a Ambrosio cuando, como ella dice, "vuelve por sí misma":

"Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa, y de tal manera, que, sin ser poderosos a otra cosa, a que

me améis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostráis, decís, y aun queréis, que esté yo obligada a amaros. Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que, por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso, a amar a quien le ama". ¿Cabe acaso mayor libertad de espíritu, independencia más soberana en un corazón de mujer? El amor es para Marcela una gracia, un don que nace y florece en las almas como un llamado, como una voz interior que se hace oír claramente cuando quiere y donde quiere, y no una fuerza que violenta las naturales inclinaciones del hombre. Es algo así como el canto de los pájaros, como el reventar de las espigas, como el puro fluir de los arroyos. El destino de toda mujer parece así venir de lo alto, de las cimas eternas donde se forjan los sueños de la vida; querer ignorar este sentido recóndito del amor es destruir la flor más pura del alma femenina. Por eso agrega Marcela que: "El cielo aún hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por elección es excusado... ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres?"...

Las últimas palabras de la zagala se han perdido en la espesura de los montes. La belleza fascinante de nuevo se ha ocultado a nuestros ojos. Marcela, después de volver por sí misma, emprende la ruta de su destino, de su libertad, de su vida... Arriba las estrellas destilan fino rocío sobre la hierba... las nubes pasan, pasan... el tiempo vuela con ellas y, sobre la tumba perfumada de aquel que "Murió a manos del rigor de una esquiva hermosa ingrata", nos preguntamos por el destino, por el amor, por la vida de Marcela. ¿Qué habrá sido de Marcela?...

GLOSA IX

LA AVENTURA DE LOS CARNEROS

DECIR rebaño y caballero es apuntar a los dos extremos en que se desenvuelve nuestra vida. Porque los rebaños que van por los caminos levantando el polvo en su trotar uniforme son eso: rebaños reales y verdaderos. En tanto que los caballeros, no sólo no forman rebaños, porque su número escasea y fácilmente se pueden contar con los dedos de la mano, sino que, por su naturaleza, son lo opuesto al rebaño, lo insondable, lo irreducible al unísono trotar del puro instinto.

Sin embargo, no está lo grave en su insubordinación, en el simple quebrantamiento de las normas preestablecidas que rigen la manada y la determinan en cuanto tal. Lo grave, lo extremoso y dramático se da en que el caballero se comporta como caballero en su trato con el rebaño, el cual no sabe, o al parecer, no puede sino comportarse como rebaño.

Porque caballero es aquel que al tender su vista por los espaciosos caminos de la vida, al ver venir la multitud jadeante y codiciosa, movida por los más primitivos impulsos, se determina sin más a abrazarse en rudo combate con aquellos para ayudar y salvar los menesterosos y desvalidos y poder así obtener la palma de la victoria, asentando la justicia en el solio augusto que en todo tiempo le disputan la sinrazón y la fuerza.

Y no habrá de ser obstáculo que detenga al caballero eso que se ha dado en llamar sentido común, por parecerle que no puede formar parte de su natural el justificar utilitariamente las ventajas y desventajas de su ac-

ción. Tan propio es del caballero el desinterés, como del sol la luz y de la belleza el ser amada; por eso afrontan sus ojos el precio de sus obras y no tolera la servil condición del asalariado. Se conforma con la gloria y el galardón del justo que se resume en el triunfo de la virtud y del bien.

Muy otra es, en cambio, la condición del rebaño. A su paso levanta el polvo, exalta lo bajo y despreciable y lo constituyen en porta-estandarte, en presea de su monótono vivir. Abate cuanto se alce sobre su propio nivel y trasciende más allá del denso gravitar de lo bajo y material. Las únicas dimensiones que determinan su existencia son las de todo lo superficial, es decir, el largo y el ancho, porque la altura es para él negativa en grado absoluto. Se ve, pues, que es consustancial a su propio ser el apiñarse, el rebajarse, el descender. Su norma es llenar la tierra, cubrirla, en tanto que la tierra pueda a su vez adelgazarse, utilizarse hasta hacerse tenue y convertirse en nube, para enlovecerlo todo y reducirlo a su imperio intrascendente y grosero.

Por todo esto, razón hay de que Sancho diga: "señor, encomiendo al diablo hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice, que parece por todo esto; a lo menos, yo no lo veo; quizá todo debe ser encantamiento, como las fantasmas de anoche. No oigo otra cosa sino muchos balidos de ovejas".

Y ved la noble condición del caballero reflejada en esta desventurada aventura de los carneros. Sólo, pretende romper lanzas contra todo un ejército para vengar al valeroso Pentapolín Garamanta. Sólo, lucha, —¿qué hace al caso su engaño, si cree firmemente que mide sus fuerzas con un escuadrón de enemigos?—, sólo, se adentra, lleno de coraje y denuedo, entre aquellas embravecidas olas, restando a grandes voces al soberbio Alifanfarón, y sólo, queda tendido en la mitad del camino malferido, machacado y medio muerto. He aquí un caballero probado, un héroe de gesta, un santo del ideal. Cae y aún no repara

en la baja condición de sus enemigos, pues no le es posible aceptar lo bajo, lo vulgar. Para él los rebaños seguirán siendo hombres, ejércitos verdaderos. Así lo advierte a su escudero a quien le dice estas palabras: "porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno y siguelos bonitamente, y verás cómo, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero, y, dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te lo pinté primero".

Verdaderamente hay mucho de locura en eso de no ver las cosas como el vulgo dice que son: a los rebaños como rebaños, a los hombres como hombres y a los escuadrones de enemigos como otros tales. Pero, ¿qué sería de la poesía, del amor y de la santidad sin esa sublime diferencia de lo real?

GLOSA X

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA

VERDADERAMENTE tiene vuestra merced la más mala figura, de poco acá, que jamás he visto. Y lo que se ha de hacer, es que vuestra merced descubra la suya y dé rostro a los que le miren; que sin más ni más y sin otra imagen ni escudo, le llamarán el de la Triste Figura". El escudero se había quedado mirando a su amo una larga pieza a la luz del hacha que llevaba un encamisado de los que venían acompañando el cuerpo muerto que iba a ser depositado en Segovia y halló algo sobre lo que antes no había reparado: su triste figura. Porque en verdad Don Quijote, o el hidalgo aquel de apellido Quijano o Quijada de la primera salida, no era ni con mucho el mismo que ahora parecía, flaco, magro, molido, de nariz afilada, de mirada vaga y boca enjuta a causa de la falta de muelas y dientes que se había llevado consigo la peladilla que salió de la honda del pastor. Grandes debieron ser, a no dudarlo, las penalidades del camino, los trabajos y empresas, el ayuno, el cansancio y las palizas que hubo de soportar sobre su débil cuerpo aquel espejo y flor de caballeros, tan en mal hora nacido para resucitar en el mundo la nunca bien alabada y benemérita orden de la caballería. Pero, ¿qué se le iba a hacer? Había nacido en plena edad de hierro, entre jayanes y goliardos, entre gentes ciegas y sordas para ver y oír el mensaje de heroísmo que traía al mundo, y mal podía avenirse con él el folgar y el dormir, cosas ambas que le pedían a gritos sus ya angulosas facciones, y, sobre todo, su flacos y no muy concertados pensamientos.

"El Caballero de la Triste Figura"; así es conocido por toda la redondez de la tierra aquel trasunto de penas, de ensueños y pobreza, aquel símbolo del renunciamento, aquel dispensador de justicia, aquel Gran Capitán de ideales. Y a fe que le cuadra el nombre como hecho para él solo. Porque el héroe cervantino encarna a maravilla esa tristeza que cae como nube prieta sobre el alma desgarrada de los hombres que en todo tiempo se han consagrado a la redención de la especie humana. Tristeza de mártir, tristeza de santo, divina tristeza que sólo anida en el corazón de los grandes, a quienes la Providencia ha confiado la realización ejemplar del Evangelio, de acuerdo con las épocas y los hombres. Sin embargo, no es éste, a la manera de los mártires y de los santos, un predicador de carne y hueso, un hombre sujeto a las leyes normales de la vida, sino una figura, todo lo triste que se quiera, sin raíces históricas, sin patria ni época, que por lo mismo no tiene plena conciencia de su propia tristeza, de sus desgarramientos y desilusiones. Sufre, pero no como este o aquel hombre, en cuanto la vida irrumpe violenta contra lo eterno y perfecto para negarlo, en cuanto lo espiritual se lanza contra lo contingente, tratando de evadir al hombre de su cárcel corporal, sino por cuanto se le escapan de las manos los irreales e inexistentes seres que forja su imaginación, que para él son más ciertos y reales que los vistos y oídos por los groseros sentidos de su escudero. De aquí que sus sufrimientos, sus dolores, como su propio mundo y sus personajes sean esenciales, profundamente sustanciales. Quizá nadie pueda comprender esto, pero es que ser caballero, amar, luchar y alcanzar las cimas del heroísmo y de la virtud; ser espejo y flor de caballeros, significa tanto como realizar en sí y por sí —fundándose en Dios y en su dama— aquella forma de humanidad en un todo semejante a la idea arquetípica que predetermina la más pura y limpia nobleza, por cuanto ha sido hecha a imagen y semejanza divina. Su caballería es por tanto, al igual que su tristeza, esencial y permanente, no reconoce épocas ni decadencias. Lo es de todos los tiempos, así como los personajes con quienes se enfrenta y lucha. Son entes idea-